

Histórico triunfo opositor en las elecciones generales de Malasia

Autor: Felipe Galli

Especial para Diagnóstico Político

Después de más de seis décadas en el poder y por primera vez en la historia de la nación asiática, la Organización Nacional de los Malayos Unidos (UMNO) y su coalición, el Barisan Nasional (Frente Nacional o BN) debió hacerse un lado y entregarle el poder a un nuevo gobierno.

Ante el mutismo generalizado del oficialismo y los órganos gubernamentales, que se reunieron en la casa del primer ministro a discutir como salvarse del aluvión democrático, la coalición opositora Pakatan Harapan (Pacto de la Esperanza) logró una histórica victoria en las décimocuartas elecciones generales de Malasia (o GE14 como las conoce oficialmente la cuestionada Comisión Electoral del país).

Con 122 de los 222 diputados, su mayoría es irreversible y no hay nada que pueda impedir que Mahathir Mohamad, el ex primer ministro convertido en opositor, sea investido primer ministro de Malasia por el nuevo Parlamento. Najib Razak, el líder del Barisan Nasional, era el primer ministro saliente y junto con Abdullah Badawi (su predecesor y sucesor de Mahathir) fueron los coautores de la trilogía de fracasos que han causado el derrumbe la coalición derechista que ha dominado la vida política del país por más de medio siglo, en poco más de diez años.

Es que hasta hace exactamente una década, el Barisan Nasional no solo parecía imbatible sino creciente. Controlaba el 90% de los escaños parlamentarios y gobernaba doce de los trece estados federados que componen el país. La oposición se limitaba a partidos islamistas, la centroizquierda socioliberal y algún que otro partido regional o municipal, y aunque tenía un amplio apoyo popular, el gobierno no escapaba de acusaciones de autoritarismo, bloqueos a la libertad de prensa, fraude electoral y manipulación de distritos parlamentarios (gerrymandering).

El ex primer ministro Mahathir Mohamad, que gobernó entre 1981 y 2003, abandonó el cargo ese año para entregárselo a Abdullah Badawi después de que su sucesor original, Anwar Ibrahim, cayera en desgracia allá por 1998.

Ibrahim se pasó a la oposición y comenzó a negociar para que todos los partidos, fuesen de la ideología que fuesen, se aliaran para derrocar al régimen ahora que su líder, Mahathir, se había retirado “para siempre” de la política. Entre finales de 2007 y comienzos de 2008, se logró formar una coalición entre los principales partidos de centroizquierda malayos y chinos y el Partido Islámico Panmalayo (el principal partido islamista). A esta coalición se la denominó, Pakatan Rakyat (Pacto Popular).

En las elecciones que a esto siguieron, el Barisan Nasional sufrió el primer impacto de lo que parecía imposible: perdió la mayoría de dos tercios y ya no pudo realizar enmiendas constitucionales a su antojo. Además, el Pakatan Rakyat tomó el control de casi la mitad de los gobiernos estatales en disputa.

Con este resultado, Badawi fue introducido en un cañón por sus partidarios y enviado a volar lejos, asumiendo en su lugar Najib Razak. Razak invirtió las políticas represivas de Badawi en un intento de obtener apoyo popular, pero la legalización de periódicos opositores, sumado a escándalos de corrupción sin precedentes, provocaron que en las elecciones de 2013 les llegara el segundo golpe: la oposición obtuvo más votos que el oficialismo, pero este triunfó gracias al vasto sistema de gerrymandering y a pequeños (no confirmados) fraudes electorales en distritos clave.

Debido a la debilidad del gobierno subsiguiente, Najib Razak ha pasado los últimos cinco años “gobernando en campaña”, pero eso no ha evitado nuevos escándalos de corrupción y la aprobación de leyes impopulares, como un nuevo impuesto a las ventas que ha afectado la economía de gran parte de la población.

Simultáneamente, las fricciones en el Pakatan Rakyat provocaron su colapso y su división en dos coaliciones, una socialdemócrata (el Pacto de la Esperanza o Pakatan Harapan) y una islamista (Ideas Prósperas o Gagasan Sejahtera). Debido a eso, ninguna de las dos principales fuerzas políticas parecía capaz de ganar las próximas elecciones.

En ese contexto, un enorme contingente de políticos oficialistas, entre los que estaba el propio Mahathir Mohamad, huyeron despavoridos del Barisan Nasional y se sumaron al Pakatan Harapan, fortaleciéndolo hasta tal punto que las encuestas le daban una victoria del 60% de los votos.

Mahathir sería nombrado candidato a primer ministro de la coalición a finales de 2017, con el objetivo de alentar al voto oficialista a pasarse a su lado y de suplantar a Anwar Ibrahim, que se encuentra en prisión acusado de sodomía, en un juicio que las organizaciones de derechos humanos condenan como políticamente motivado.

Si bien su victoria fue menos amplia de lo pronosticado en las encuestas, el Pakatan Harapan ha triunfado en casi la mitad de los estados y, con algo más del 48% de los votos, indiscutidamente es la nueva coalición gobernante de Malasia.

Los islamistas, que habían prometido formar una coalición con el Barisan Nasional, perdieron una gran cantidad de su caudal de votos y ya no representan una amenaza para Mahathir. Al contrario, recortaron el voto oficialista y le hicieron perder el gobierno de un estado que gobernaban desde 2004, Terengganu.

Otra sorpresa de la jornada fue la altísima participación. Mientras que el gobierno jugó una sucia carta al realizar los comicios un miércoles, en un intento de cansar a los ciudadanos, la concurrencia fue un contundente 77% del padrón registrado, un ligero decrecimiento con respecto a 2013.

Mientras que los activistas de derechos humanos y los inversionistas a los que la corrupción del gobierno de Razak afectó negativamente pueden respirar hondo por haberse deshecho del régimen, la sombra de Mahathir Mohamad, tan sonriente a sus 92 años (siendo ahora el jefe de gobierno más viejo del mundo) se cierne prometiendo una democracia electoral que tuvo veintidós años para instaurar y jamás promovió.

Si bien es cierto que su principal promesa de campaña ha sido que renunciará en un lapso de tiempo no revelado para entregar el cargo a Anwar Ibrahim, a quien planea indultar, todavía no está del todo claro cual es la verdadera intención del viejo caudillo asiático en todo este asunto.

Sobre Razak, que parece temer mucho por su futuro, Mahathir ya declaró: “No pienso presentar cargos contra él, nuestro primer objetivo es restablecer el estado de derecho”, refiriéndose, por supuesto, al estado de derecho que Razak y Badawi subvirtieron y bajo ninguna circunstancia refiriéndose a esa vez en la que le anularon una condena a unos periodistas que hablaban mal de él y removió por decreto a casi todos los jueces del Poder Judicial en 1988, eso es “el pasado” del que no se debe hablar.

Tan solo veinticuatro horas después de su victoria electoral y tras una serie de sucesos ineseperados y no del todo claros, Mahathir logró reunir las firmas de suficientes diputados electos para adelantar la juramentación tan pronto como al día siguiente.

Ante esto, ni el antiguo oficialismo ni Najib Razak emitieron declaraciones durante la mayor parte de la jornada, hasta que finalmente el ahora ex primer ministro emitió la misma frase que cuando su partido obtuvo la victoria por gerrymandering en 2013: “Somos una democracia madura, la voluntad popular será respetada”.

Hoy, 10 de mayo, Malasia despertó gobernada por otro partido. En pocas palabras, despertó democrática. En definitiva, fuera de quienes están en la oposición y quienes están en el gobierno, los grandes felicitados de estas elecciones son los propios malasios. Les pusieron todos los baches delante y simplemente se presentaron y votaron, logrando lo que parecía imposible, y forzando el primer cambio de gobierno de su historia sin necesidad de recurrir a la violencia.

Felipe Galli es estudiante de la Licenciatura en Ciencias Políticas (UBA). Cuenta con diversas publicaciones sobre política internacional, nacional e historia electoral.
